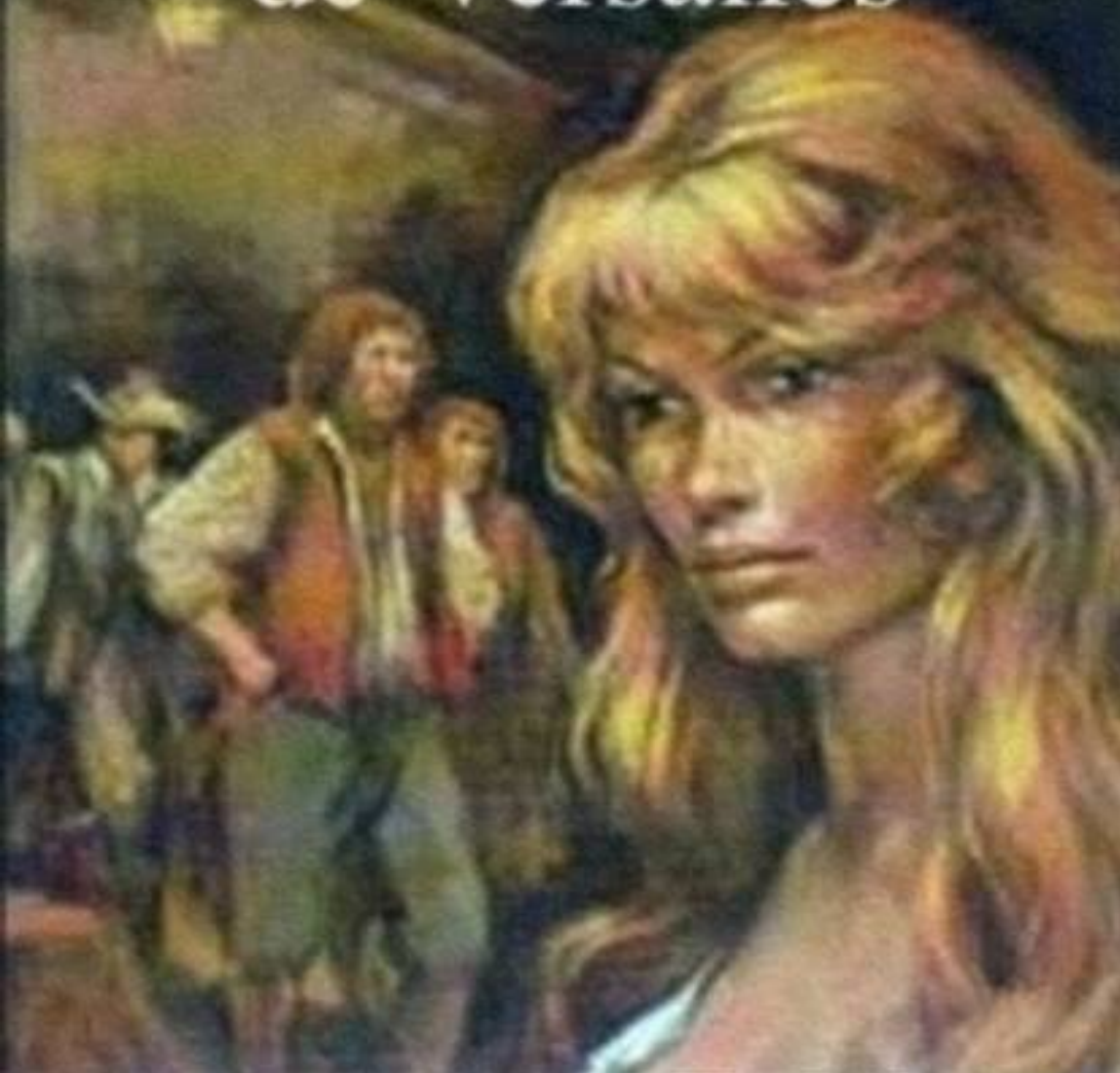


ANNE Y SERGE GOLON

Angélica  
en el camino  
de Versalles



En la más completa miseria, y abandonada por todos, Angélica deambula por las calles de París. Allí se encuentra con Nicolás, un amigo de su niñez y con él entrará a formar parte de la Corte de los Milagros, convirtiéndose para toda el "hampa" de la ciudad en la Marquesa de los ángeles. Después de su experiencia en una cárcel, decide cambiar de vida: recoger a sus hijos y emprender su ascenso para conseguir lo que más ansía: Ir a la corte de Versailles.

## PRIMERA PARTE

### la Corte de los Milagros

#### I

### Batalla de los golfos en los osarios de los Santos Inocentes

Angélica miraba, a través del vidrio, el rostro del monje Bécher. Insensible a la nieve derretida que goteaba desde el techo sobre sus hombros, permanecía allí, en la noche, frente a la taberna de la Celosía Verde. El monje estaba sentado a la mesa, frente a un pichel de estaño y bebía, con la mirada fija.

Angélica lo veía con toda claridad, a pesar del grueso vidrio de la ventana. El aire, en el interior de la taberna, estaba un poco enrarecido por el humo del tabaco. Los monjes eclesiásticos, que constituían la clientela principal de la Celosía Verde, no tenían predilección por la pipa e iban allí sólo para beber y sobre todo para volver a encontrarse con el damero y el cubilete de los dados.

La joven que, no obstante el frío, permanecía inmóvil en su obstinado acecho, vestía pobremente. Sus ropas eran de fustán ordinario y una cofia de lino cubría sus cabellos. Sin embargo, cuando la puerta de la taberna, al abrirse, pro-

yectaba un haz de claridad sobre el umbral podía percibirse un rostro delicado, hermoso, demasiado pálido, pero cuya distinción denotaba un origen aristocrático. Hasta hacía poco tiempo, esta mujer había sido uno de los más hermosos adornos de la lujosa Corte del joven rey Luis XIV, donde había bailado vestida con telas de oro, envuelta en el fuego de las miradas de admiración que su belleza provocaba.

Se llamaba Angélica de Sancé Monteloup. A los diecisiete años sus padres la habían casado con un gran señor tolosano, el conde Joffrey de Peyrac. ¿A través de qué terribles e imprevistos senderos habíala conducido hasta allí su destino, esa miserable noche en que, inclinada sobre los vidrios de una taberna, atisbaba el objeto de su odio?

Al contemplar la siniestra fisonomía del monje Bécher, Angélica revivía el calvario de sus últimos meses, la aterradora pesadilla en la cual se había debatido.

Volvía a ver al conde de Peyrac, su marido, ese hombre extraño y seductor, no obstante sobrellevar el infortunio de una pierna inválida, que le había valido el apodo de el Gran Rengo de Languedoc. Gran sabio, gran artista, gran espíritu, grande en todo, conquistaba la simpatía y el amor, y su joven esposa, al principio tan esquiva, había llegado a amarle apasionadamente. Mas la fabulosa riqueza del conde de Peyrac también despertaba celos. Había sido víctima de una conspiración frente a la cual el rey, temeroso de este poderoso vasallo, procedió con extremo rigor. Acusado de hechicería, y encerrado en la Bastilla, el conde fue sometido a un tribunal y condenado a la hoguera. ¡Ella había visto a ese monje hacer quemar, en la plaza de Gréve, a aquel a quien amaba! Había visto cómo la llama de la pira se mezclaba con el oro del Sol, en el aire cristalino de una mañana invernal... todavía cercana.

Y volvió a encontrarse sola, repudiada por todos, condenada a desaparecer, junto con sus dos pequeñuelos. La imagen de los rostros de Florimond y Cantor pasó por sus ojos. Sus ojos parpadearon. Durante un breve instante dejó

de atisbar a través del vidrio, inclinando la cabeza con lasitud.

¿Florimond lloraría en ese momento? ¿Quizá la llamaba! ¡Pobre angelito! Ya no tenía más padre, ni madre... Los había dejado en casa de su hermana Hortensia, pese a la obstinada resistencia de ésta. La señora Fallot, esposa del procurador, temblaba ante la idea de resguardar la progenitura de un hechicero. Rechazó a Angélica con horror. Felizmente estaba Bárbara, la criada de gran corazón, que acogió piadosamente a los pobres huérfanos. Angélica había deambulado mucho tiempo, sin rumbo, a través de un París nocturno y nevado que se abría a la noche, guarida de bandidos y escenario de emboscadas y crímenes. El azar la había conducido hasta esa taberna de la Celosía Verde, donde acababa de introducirse el monje Bécher, con aire huraño, para tratar de olvidar, con las libaciones, las llamas de una pira por él encendida.

Angélica se reanimó súbitamente. No, no estaba todavía completamente vencida: le quedaba aún algo por cumplir. ¡El monje Bécher debía morir! Angélica no se estremeció. Ella sola sabía por qué había de morir el monje Bécher. Veía en él el símbolo de todo cuanto Joffrey de Peyrac había infamado en el curso de su existencia: la torpeza humana, la intolerancia y esa supervivencia de la sofística medieval contra la cual en vano había tratado de defender las nuevas ciencias. Y era ese espíritu limitado, extraviado en una arcaica y tenebrosa dialéctica, el que había triunfado. Joffrey de Peyrac estaba muerto. Pero antes de morir le había gritado a Conan Bécher, en el atrio de Nuestra Señora: «¡Te doy cita, dentro de un mes, ante el tribunal de Dios!»

El mes llegaba a su término...

—Haces mal, muchacha, en esperar tanto, esta noche, ¿No tienes siquiera una moneda para arrojar a la vasija?

Angélica se volvió, tratando de ver quién le dirigía esas palabras, pero no vio a nadie. Sin embargo, de pronto, la luz de la luna, pasando entre dos nubes, le reveló a sus pies

la rechoncha figura de un enano, que alzaba dos dedos entrelazados de manera extraña. La joven recordó entonces el ademán que le enseñara cierto día el moro Kuassi-ba, al decirle: «Cruzas así los dedos y mis amigos te contestan: ¡está bien, eres de los nuestros!» Esbozó maquinalmente el signo de Kuassi-ba. Una amplia sonrisa surcó el rostro del liliputiense.

—¡Eres uno de ellos, ya me parecía! Pero no te reconozco. ¿Pertenece a Rodogone el egipcio, al camarada Juan sin dientes, a Mathurín azul o al Cuervo?

Sin responder, Angélica volvió a escudriñar a través del cristal examinando al monje Bécher. De un salto el enano fue a posarse sobre el marco de la ventana. La luz que llegaba del recinto iluminó su cabeza regordeta, tocada de un fieltro mugriento. Tenía dedos gruesos y redondos y pies diminutos, calzados con zapatos de tela semejantes a los que llevan los niños pequeños.

—¿Dónde diablos está ese cliente de quien no quitas la vista de encima?

—Allí, es el que está sentado en aquel rincón.

—¿Crees que ese viejo saco de huesos, con un ojo que «va contra el otro», te pagará caro por tu sufrimiento?

Angélica respiró profundamente.

—Ese hombre es el que debo matar —dijo.

Con presteza el enano le pasó una mano ágil alrededor de la cintura.

—Ni siquiera tienes cuchillo. ¿Cómo lo harías?

Por primera vez la joven miró atentamente a ese singular individuo que acababa de surgir de los adoquines como una rata, como uno de esos abyectos animales de la noche que invadían París en la más profunda oscuridad.

—Ven conmigo, «marquesa» —dijo bruscamente el enano saltando a tierra—. Vayamos a los Santos Inocentes, donde te entenderás con los compañeros para «quitar de en medio» a tu monje.

Ella lo siguió sin la menor vacilación. El enano la precedía contoneándose.

—Me llamo Barcarola —dijo reiniciando el diálogo al cabo de un instante—. ¿No es un nombre gracioso, tan gracioso como yo? ¡Huy! ¡Huy!

Profirió una especie de gozoso alarido, hizo una cabriola y luego, moldeando una bola de nieve y barro, la arrojó contrala ventana abierta de una casa que tenía aspecto señorial.

—Aprisa, querida —prosiguió diciendo mientras apresuraba el paso— porque de lo contrario vamos a recibir sobre la cabeza la bacinilla de estos buenos burgueses a quienes no dejamos dormir.

No bien hubo terminado de decir estas palabras, oyóse rechinar la hoja de una ventana que se abría y Angélica tuvo que dar un salto lateral para eludir la ducha que el otro había profetizado. El liliputiense había desaparecido. Angélica seguía caminando. Sus pies se hundían en el lodo y sus ropas estaban húmedas, pero no sentía frío. Un ligero silbido atrajo su atención hacia la desembocadura de una cloaca; surgiendo del orificio el enano Barcarola reapareció.

—Excusadme por haberme alejado, marquesa. Fui a buscar a mi amigo Janin-Cul-de-Bois.

Detrás de él salía una segunda silueta, rechoncha y mutilada. No era un enano, sino un «hombre-tronco» sentado sobre un carrito de madera. Con sus nudosas manos asía sendos mangos de madera sobre los cuales se apoyaba fuertemente, para impulsarse de un adoquín a otro.

El monstruo alzó hacia Angélica una mirada inquisitiva. Tenía un rostro bestial, plagado de pústulas. Sus ralos cabellos habían sido peinados con cuidado sobre el brillante cráneo. Su única vestimenta la constituía una especie de casaca de paño azul con ojales y reverso galoneados en oro, que debía haber pertenecido a algún oficial. Provisto de impecable pechera, constituía un personaje extraordinario. Luego de escudriñar largamente a la joven, aclaró su gar-

ganta y le escupió. Angélica lo miró estupefacta, y se limpió después con un puñado de nieve.

—Está bien —dijo el inválido, satisfecho—. Se da cuenta con quién habla.

—¿Hablar? ¡Hum! ¡Vaya una manera de hablar! —exclamó Barcarola, al tiempo que desataba su risa ululante—. ¡Huy! ¡Huy! ¡Qué inteligente soy!

—Dame mi sombrero —ordenó Cul-de-Bois. Se cubrió la cabeza con un fieltro ornado de una hermosa pluma y cogiendo sus mangos de madera reanudó la marcha.

—¿Qué quiere? —inquirió luego de un instante.

—Que la ayudemos a matar a un monje.

—Es imposible... ¿A quién pertenece ella?

—No puedo saberlo...

A medida que avanzaban por esas calles, uníanse a ellos otras siluetas. Oíanse al principio silbidos que provenían de las esquinas sombrías, de las gabarras, de los terraplenes o del fondo de las galerías. Luego surgían los menesterosos, los parias y bribones, con sus luengas barbas, pies desnudos y amplias capas harapientas. Iban apareciendo ancianas que sólo eran masas de trapos anudadas con hilos y gruesos rosarios; ciegos y cojos que llevaban las muletas sobre sus hombros para poder andar con más rapidez; jorobados que no habían tenido tiempo de despojarse de sus ficticias gibas. Algunos verdaderos miserables o impedidos se mezclaban a los falsos mendigos.

Angélica veíase en dificultades para comprender su lenguaje, plagado de palabras insólitas y estrafalarias. En una esquina los abordó un grupo de espadachines, que lucían conquistadores bigotes. Ella creyó que eran militares o quizá gente de la ronda de vigilancia nocturna, pero pronto se dio cuenta de que se trataba de bandidos disfrazados.

En ese momento y ante los ojos de lobo de los recién llegados, fue cuando ella tuvo un gesto de reticencia. Miró hacia atrás y se vio cercada por esas figuras horrorosas.



—¿Tienes miedo, hermosa? —preguntóle uno de los bandidos pasándole un brazo alrededor de la cintura e intentando atraerla hacia sí.

Rechazó el atrevido brazo exclamando: «¡No!» Y como el hombre insistiera, lo abofeteó.

Se produjo una algarabía durante la cual Angélica se preguntaba qué habría de ocurrirle. Pero no tenía miedo. El odio y la rebeldía, que bullían en su alma desde hacía mucho tiempo, concentráronse en una terrible necesidad de morder, arañar, arrancar los ojos a alguien. Arrojada al fondo del abismo, encontrábase irremisiblemente a merced de las fieras que la rodeaban.

Fue el extraño Cul-de-Bois quien restableció el orden mediante su autoridad y sus estentóreos bramidos. El «hombre-tronco» poseía una voz cavernosa, que estremeciendo todo lo que le rodeaba, terminaba por dominar totalmente cualquier situación. Sus vehementes palabras apaciguaron la querrela. Al dirigir una mirada al espadachín que la había provocado, Angélica vio que su rostro estaba surcado por regueros de sangre y que con una mano cubría sus ojos. Pero los otros reían.

—¡Caramba! ¡Qué bien te dejó la linda zorra!

Angélica también rió, con una risa provocativa que hasta le sorprendió a ella misma. ¿Acaso no sería más difícil que eso marchar hacia el fondo de los infiernos? En cuanto al miedo... Después de todo, ¿qué es el miedo? Un sentimiento que no existe. Precisamente esto hubiera necesitado esa buena gente de París que temblaba al oír pasar, bajo sus ventanas, a los parias de la «matterie» dirigiéndose al cementerio de los Santos Inocentes para ver a su príncipe, el Gran Coesre.

—¿A quién pertenece? —volvió a inquirir alguno.

—A nosotros —rugió Cul-de-Bois—. Y hay que decirse lo.

Se le dejaba iniciar la marcha. Ninguno de esos miserables, aun dotado de un par de ágiles piernas, trataba de

aventajar al «hombre-tronco». En una callejuela ascendente, dos de los falsos militares a quienes se apodaba «drilles» se abalanzaron para levantar el enorme bol de madera del tullido y trasladarlo más lejos.

El olor, que era característico del barrio, se hacía espantoso, penetrante: carne y quesos, legumbres en estado de putrefacción que afloraban en todas partes, exhalaban hediondas emanaciones. Era el barrio del «Mercado», contiguo al horrible «depósito de huesos», el cementerio de los Santos Inocentes.

Angélica nunca había ido a los Inocentes, aunque este macabro lugar fuera uno de los puntos de cita más importantes de París. Hasta solía encontrarse allí a las grandes damas, atraídas para seleccionar libros y artículos de lencería, en los puestos instalados bajo los osarios. Era un espectáculo familiar, durante el día, ver desfilar bajo los arcos a los señores elegantes acompañados de sus amantes, rechazando negligentemente, con la punta de sus bastones, los cráneos u osamentas esparcidos, mientras se cruzaban con los sepelios, al par que se recitaban los salmos. Por la noche, este antro privilegiado, donde por tradición no podía detenerse a ninguno, servía de refugio a los cacos y a los malandrines y los libertinos se hacían presentes para elegir entre las mesalinas las compañeras de sus ratos licenciosos y desenfrenados.

Al llegar juntos a la cerca cuyo paredón, derrumbado en muchos sitios, permitía el acceso al interior, un traficante de difuntos salía por la puerta de hierro principal, vistiendo levita negra, bordada con calaveras, tibias entrecruzadas y lágrimas de plata. Distinguiendo el grupo, dijo sin inmutarse:

—Os advierto que hay un muerto en la calle de la Herrería y que se solicitan pobres mañana para el cortejo. Cada uno recibirá diez sueldos y una saya o manto negro.

—¡Iremos! ¡Iremos! —exclamaron algunas viejas desdentadas.

Poco faltó para que partieran al momento a instalarse delante de la casa de la Herrería, pero los demás las disuadieron y Cul-de-Bois, rugiendo nuevamente, las insultó a su arbitrio:

—¡Maldito sea! Si nos ocupáramos un poco de nuestro trabajo cuando el Gran Coesre nos espera... Pero ¿quién me habrá endilgado semejantes viejas? A fe que se pierden las buenas costumbres.

Confundidas, las ancianas bajaron la cabeza, temblequeando sus rostros. Luego, cada uno de los integrantes del grupo, algunos por un agujero, otros por otro, se introdujeron furtivamente en el cementerio. El pregonero de cadáveres se alejaba haciendo repicar su campanilla. Detúvose al llegar a una esquina, alzó su rostro hacia la luna y salmodió lúgubrememente:

Despertad, vosotros que dormís.

Rogad a Dios por los difuntos...

Absorta, Angélica avanzaba por entre el vasto espacio colmado de cadáveres. Aquí y allá veíanse enormes fosas comunes ora vacías, ora hasta la mitad llenas de cadáveres cosidos en sus mortajas y que aguardaban la llegada de un nuevo contingente de muertos para ser enterrados. Algunas estelas y contadas losas, que yacían al nivel del suelo, señalaban las tumbas de las familias más afortunadas. Pero desde hacía muchos siglos era ése el cementerio de los pobres. Los ricos eran enterrados en Saint-Paul.

La luna, que por fin había decidido reinar en un cielo sin nubes, iluminaba ahora la tenue película de nieve que recubría el techo de la iglesia y los edificios colindantes. La cruz de los Buteaux, un alto crucifijo de metal erigido en el centro del terreno, brillaba suavemente. El frío atenuaba el olor nauseabundo. Por lo demás, nadie le concedía importancia y la propia Angélica respiraba con indiferencia ese aire saturado de miasmas. Lo que atraía su mirada y la dejaba

estupefacta hasta el punto de tener la impresión de estar viviendo una pesadilla, eran las cuatro galerías que, partiendo de la iglesia, formaban el cerco del cementerio.

Estas construcciones databan de la Edad Media y en sus basamentos estaban constituidas por un claustro con arca-das ojivales donde, llegado el caso, los comerciantes podrían establecer sus puestos. Sobre el claustro se hallaban las buhardillas cubiertas con techos de tejas, que reposaban, del lado del cementerio, sobre dos pilares de madera, dejando así intervalos con luz entre los tejados y las bóvedas. Todo ese espacio estaba lleno de osamentas. Hacinábanse allí miles y miles de cráneos y restos de esqueletos. Los graneros de la muerte, atiborrados de su cosecha siniestra, exponían a las miradas y a la meditación de los vivos inauditos amontonamientos de cráneos que quedaban reducidos a ceniza por la acción del tiempo. Pero eran reemplazados sin cesar por nuevas provisiones extraídas de la tierra del cementerio.

En efecto, junto a los sepulcros veíanse pilas de esqueletos reunidos en forma de gavillas o bien las siniestras bolas que denunciaban los cráneos de los cadáveres cuidadosamente apilados por el enterrador y que, al día siguiente, serían colocados en orden en los depósitos, que estaban debajo del claustro.

—¿Qué... qué es esto? —balbució Angélica, para quien una visión semejante no podía pertenecer a la realidad y que temía haberse vuelto loca.

Encaramdo sobre un sepulcro, el enano Barcarola la miraba con curiosidad.

—¡Son los osarios! —respondió—. ¡Los osarios de los Inocentes! ¡Los más hermosos osarios de París! —Luego de un breve silencio, añadió—: ¿De dónde sales? ¿No has visto nunca nada?

Angélica fue a sentarse junto a él.

Desde el momento en que, casi inconscientemente, había despellejado con sus uñas la cara del impúdico solda-

do, la habían dejado tranquila y no le habían hablado más. Si alguna mirada indiscreta o lasciva se volvía hacia ella, en seguida se hacía presente una voz que recordaba:

—Cul-de-Bois ha dicho que es de los nuestros. ¡Mucho cuidado, muchachos!

Angélica no se había percatado de que a su alrededor todo el espacio del cementerio hasta entonces casi desierto se iba llenando poco a poco de una muchedumbre andrajosa y temible.

La contuvo el aterrador espectáculo de los osarios. Ignoraba que ese gusto macabro de hacinar esqueletos era característico de París. La totalidad de las grandes iglesias de la capital trataban de competir con los Inocentes. Para Angélica esto era horrible, pero el enano Barcarola, que lo hallaba magnífico, murmuró:

...La muerte, al fin los desafió.

¡Cuánto cuesta morir en este mundo!

¡Y no saber dónde uno va!

Angélica volvióse lentamente hacia él.

—¿Eres poeta?

—No soy yo quien habla así, sino el Poeta de Barro.

—¿Lo conoces?

—¿Cómo no he de conocerlo? Si es el Poeta del Puente Nuevo.

—También a ese quiero matar.

El liliputiense dio un brinco semejante al de un sapo.

—¿Qué? Nada de chanzas; es mi amigo.

Miró a su alrededor y tomando a los demás como testigos se llevó un dedo a la sien.

—¡Está loca esta chiquilla! ¡Quiere matar a todo el mundo!

De súbito se oyó un clamor y la muchedumbre se esparció ante un extraño cortejo.

Al frente del mismo marchaba un individuo, muy alto y delgado, cuyos pies desnudos pisoteaban la nieve enlodada. Una cabellera blanca y abundante caía sobre sus hombros, pero su rostro era imberbe. Hubiérase dicho que se trataba de una vieja, y, después de todo, quizá no fuera un hombre, no obstante sus calzas y su harapienta casaca. Con los pómulos salientes, los ojos taciturnos y glaucos que brillaban en el fondo de hundidas órbitas, estaba tan desprovisto de sexo como un esqueleto y parecía estar bien en su sitio, en ese tétrico atuendo. Llevaba un largo pico de cuyo extremo pendía, empalado, el cuerpo de un perro muerto. Junto a él, un hombrecillo lampiño y regordete blandía una escoba.

Seguía a estos dos insólitos portaestandartes un vihuelista que hacía girar la manivela de su instrumento. La originalidad del músico estribaba en su sombrero de paja enorme, hundido casi hasta los hombros. Pero por un agujero que tenía el alzacuello, en su parte delantera veíanse brillar los ojos burlescos. Le seguía un niño que batía, a golpes redoblados, el fondo de una vasija de cobre.

—¿Quieres que te diga quiénes son estos tres célebres gentil-hombres? —preguntó el enano a Angélica. Y agregó guiñando un ojo—: Conoces nuestra seña, pero veo que no eres de los nuestros. Los que van primero son el Gran Eunuco y el Pequeño Eunuco. Desde hace muchos años el Gran Eunuco está a punto de morir, pero no se muere nunca. El Pequeño Eunuco es el guardián de las mujeres del Gran Coesre. Lleva el emblema del Rey de Thunes.

—¿Una escoba?

—¡Ah! No te burles. Esa escoba está llamada a hacer tareas domésticas. Detrás de ellos va Thibault-el-Vihuelista y su paje Linot. Y luego, aquí están las «chicas» del rey de Thunes.

Bajo sus sucias cofias, las mujeres que señalaba mostraban sus rostros lánguidos y oprimidos y sus cansados ojos de meretrices. Algunas eran hermosas todavía y todas mira-

ban en derredor con insolencia, pero sólo la primera, una adolescente, una niña casi, conservaba cierto frescor. No obstante el frío, tenía el busto desnudo y exhibía con orgullo la belleza de sus jóvenes senos en flor.

Desfilaban detrás portadores de antorchas, mosqueteros con espadas, mendigos y falsos peregrinos de Saint-Jacques. Después, con un crujido de ejes, apareció una pesada carretilla empujada por un gigante de mirada vaga y labios prominentes.

—Ese es Bavottant, el idiota del Gran Coesre —anunció el enano.

Detrás del idiota, un personaje con barba blanca cerraba la marcha, cubierto por una negra levita cuyos bolsillos estaban repletos de rollos de pergamino. De su cintura pendían tres varas, un cuerno para tinta y plumas de ganso.

—Ese es Bot-le-Barbon, el «supersecuaz» del Gran Coesre, el que dicta las leyes del reino de Thunes.

—¿Y dónde está ese Gran Coesre?

—En la carretilla.

—¿En la carretilla? —repitió Angélica, atónita. Se alzó un poco para ver mejor.

La carretilla se detuvo frente al «pulpito». Llamábase así, en medio del cementerio, a una silla de gran tamaño, elevada mediante algunas gradas y protegida por un techo en forma de pirámide.

El idiota Bavottant se inclinó, tomó algo que estaba en la carretilla, sentóse luego en la cima de la escalinata y colocó el bulto sobre sus rodillas.

—¡Dios mío! —suspiró Angélica.

Estaba en presencia del Gran Coesre, un ser de cuerpo monstruoso, que terminaba en dos piernas flacas y blanquecinas como las de un niño de dos años. La cabeza, robusta, estaba ornada por una cabellera hirsuta y negra, envuelta por un género sucio y repulsivo que ocultaba su puerulencia. Los ojos, profundamente hundidos bajos las áspe-